

Negro

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Le noir. Éclats d'une non-couleur*

© Autrement, un sello de Éditions Flammarion, 2023

© Éditions Autrement, de la primera edición, 2015

© De la traducción, Susana Prieto Mori

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-12-7

Depósito legal: M-3.516-2026

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Alain Badiou

NEGRO
Destellos de un no-color

Traducción del francés
de Susana Prieto Mori

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 94 (serie menor)

Índice

Infancia y juventud

El negro militar	9
Medianoche en punto	11
El perro negro en la oscuridad	16
El tintero	18
Las tizas y los rotuladores	21
Confusiones	23
Sexualidad primitiva	26

Las dialécticas del negro

Equívocos dialécticos	33
Las almas negras	36
El ultranegro de Soulages	39
Banderas	43
El rojo y el negro. Y el blanco. Y el violeta	48

Stendhal: rojo y negro	51
El negro deseo del negro	54
Vestiduras	
El signo negro	57
El humor negro, o el negro contra el negro	60
Exterior	62
Física, biología y antropología	
El negro metafórico del cosmos	67
La negrura secreta de las plantas	71
Negro animal	78
Un invento de los blancos	81

Infancia y juventud

El negro militar

Yo era por aquel entonces, fue una de mis metamorfosis, cabo primero. La fanfarria de la tercera región aérea. Uniforme azul oscuro, gorra, polainas blancas, flautas, dedos y labios habituados a los agudos estridentes de nuestro tema favorito, el estribillo de *La marsellesa*, entonado en cualquier circunstancia. Nada negro, en definitiva, salvo la noche de invierno. El reglamento imponía que a las nueve de la noche apagásemos la estufa de carbón —¡ah! Un toque negro en la escena, aprovechemos para describirla, el cubo lleno de carbón y, por todas partes, la carbonilla grasienta e insinuante— que humeaba entre nuestras camas tan dócilmente alineadas. Nuestra vida dependía de ello. Si no se aplica el reglamento, decía el asisten-

te, un as del trombón, el óxido de carbono abatirá al momento al soldado dormido, por más que sea de la fanfarria. La negrura del carbón ignora que, sin nosotros, la tercera región aérea se verá privada, y por mucho tiempo, del estribillo de *La marsellesa*. ¿Y quién tenía que garantizar que se aplicaba el reglamento en cuestión? El cabo primero, ascendido por su rango sin resistencia posible a jefe de barracón. Así pues, persuasor, negociador, represivo, portador de mantas suplementarias, represor de clarinetes, benévolo con las flautas, severo con los tambores, yo era el regente de la llegada del negro helado. Apagar la estufa, apagar las luces, garantizar a cualquier precio el descenso del frío glacial y de la noche inmensa sobre todos aquellos jóvenes embutidos en ásperas mantas militares en catres incontables, ese era mi deber, esa era mi misión.

Entonces, cuando había vencido las últimas resistencias, cuando ya nos helábamos todos juntos en la noche música y patriótica, la voz de mi amigo el oboísta, dulce y firme a la vez, entonaba —o quizás habría podido entonar, más tarde—, como una de las nanas en las que era experto, y como un cántico resignado, la famosa canción de Johnny

Hallyday: *Black is black. Ya no queda esperanza.*¹ Y la habríamos cantado todos a coro, como hacíamos con las nanas, para mantener a raya a los poderes deletéreos de la noche y el frío, pues bien es cierto que cantar la negra desesperanza consuela de tener que sufrirla.

Medianoche en punto

Cumplí ocho años, no se asusten, mucho antes de ser cabo primero en la fanfarria de la tercera región aérea. Pero ya me interesaba por la gestión de la oscuridad.² En efecto, había inventado un juego sospechoso llamado «Medianoche en punto». Para ese juego hacía falta que nuestro grupo contase al menos con cinco o seis jugadores, y sobre todo que fuera mixto —algo que en absoluto era

¹ *Noir c'est noir! Il n'y a plus d'espoir*: se trata de la versión francesa de la canción de Los Bravos *Black is Black*, que se hizo con traducción libre, en pro de la rima. (*Todas las notas son de la traductora*).

² Téngase en cuenta que en francés la expresión «le noir» se refiere indistintamente al color negro y a la oscuridad.

el caso en la fanfarria desesperadamente monosexual en la que sería regente nocturno más tarde—. Por negras que sean, las «medianoche en punto», las caídas de la noche pueden no parecerse unas a otras. *Black is black*, sí, pero hay secretas y voluptuosas diferencias. De ahí que, a fin de cuentas, siempre quede algo de esperanza.

Lo ideal era contar con seis jugadores, y lo ideal de lo ideal, rara vez alcanzado, era que hubiese tres chicas y tres chicos. El juego no empezaba hasta caer la noche. Además, era crucial que los padres de cualquier especie, en todo caso los que residían en el piso donde nos reuníamos, estuviesen neutralizados: en el cine, en una cena tardía, en las tensas reuniones políticas de la época. Estamos en 1945, ¡imagínense! ¡De qué época oscura vienen esos padres! ¡Y qué multitud de esperanzas perdidas adornan el fin de aquella oscuridad! Pero ya estuvieran en la oscuridad cinéfila de las imágenes o en la tregua improbable de la oscuridad nacional, para nosotros, los jugadores de «Medianoche en punto», tienen que estar los padres fuera de juego. ¡Exigencias severas! Allí aprendí que la oscuridad solo es deliciosa cuando está, si no prohibida, al menos provisionalmente liberada

de las potencias prohibidoras. Distingamos la oscuridad oficial, que es la interrupción controlada de la luz activa, y la oscuridad lateral, la oscuridad provocada, la oscuridad alzada contra la luz para que surja en su seno una acción a la vez limitada e infinita.

Cuando jugábamos a «Medianoche en punto» en mi casa (luego en casa de mis padres, neutralizados), dos de nosotros, preferiblemente una chica y un chico, salían del cuarto grande llamado «de los niños» (mi hermano y yo) y esperaban en el pasillo, «sin mirar», ¡prohibición fundamental! Y es que la auténtica oscuridad, la de todas las «Medianoche en punto», libera de las restricciones de la luz del día, pero instauro su propio orden. Tiene que haber, bordeando la oscuridad sagrada, una falsa luz —o incluso una mala oscuridad—, para que se pueda asistir a la aventura de *la entrada en la auténtica oscuridad*.

Una vez los elegidos en el pasillo, con la puerta cerrada, los demás jugadores dejaban el cuarto completamente a oscuras. Era necesario que aquella oscuridad fuese integral, absoluta. Escudriñábamos las rendijas de los postigos y debajo de las puertas, los vagos reflejos, los ojos de las cerradu-

ras. No tolerábamos la menor grieta en la espesura instaurada de aquella oscuridad, que era como la promesa en cierto modo nula, desprovista de toda señal luminosa, aun imperceptible, de un mundo que no era el de la luz del día, los padres, el colegio y las comidas en familia. Una vez alcanzado tal punto de indistinción, nos escondíamos, torpemente —es duro no ver nada, estar totalmente «a oscuras»—, debajo de las camas, encima de las mesas, dentro de un armario, en un rincón.

Cuando daba la orden el jefe del juego, a saber, yo —aristócrata inventor del juego, yo nunca era de los que salían, era el regente de la oscuridad—, los escondidos-a-oscuras gritaban, todos a la vez y con un tono lo más sepulcral posible: «¡Medianoche en punto! ¡Medianoche en punto!». Entonces los elegidos, los dos exiliados fuera de la oscuridad, entraban en el cuarto, cerraban la puerta y buscaban a tientas a los escondidos. Estos debían defenderse, aun antes de haber sido descubiertos: teníamos derecho a bombardear a los buscadores, a hacerlos tropezar, a tirarles del pelo, a levantarles la falda... Pero si ellos agarraban a uno de los escondidos, podían, según las normas —y era el punto fundamental de toda aquella Constitución

ceremonial de las tinieblas—, hacerle «lo que quisieran».

Una vez operada la captura, todo se detenía en torno a aquella manifestación ilimitada del «lo que quisieran». En la oscuridad sucedían cosas extrañas que los espectadores, cegados por las tinieblas que habían creado, solo podían suponer, prever, esperar, desear. Los elegidos daban en voz baja instrucciones en forma de órdenes: «¡Quítame esto!». «¡Así no!». «¡Háznoslo a los dos!»... Y aquello duraba, duraba... Nadie sabía cuándo volvería a iluminarse el cuarto, cuándo cedería la oscuridad, como es razonable que lo haga.

Pero los elegidos terminaban diciendo: «¡Luz!». Y las normas exigían que entonces no se viera nada especial: los elegidos y su prisionero, o su prisionera, o ambos, parecían regresar inalterados del otro mundo y presentaban un rostro tan sereno como anónimo. Esa era también la norma: que no quedase rastro diurno de las tinieblas. La oscuridad es el lugar en que se cumple el acto, en que su proximidad hace que se estremezcan los ciegos, pero la luz olvida ese cumplimiento.

En aquel juego, la oscuridad connotaba el gozo, ciertamente cercano al miedo y la incertidumbre,

finalmente triunfal, sin duda, pero a costa de repetir cada vez, en cuanto la oscuridad cedía a la luz, que no había ocurrido nada: solo, precisamente, la oscuridad del lugar invisible.

El perro negro en la oscuridad

Tenía yo diez años y unos meses. En aquella época, las vacaciones de verano empezaban el 14 de julio. El día 15 mis padres me mandaban a una minúscula aldea de los Pirineos, al fondo de un valle donde, a lo largo de las breves praderas invadidas por rocas amenazantes, se veía entre los árboles el trazo claro del torrente. ¡Ah! En tales circunstancias, ya no se trataba de neutralizar a los padres para volver a disfrutar del «Medianoche en punto». Eran mis padres quienes, no queriendo que los estorbase en uno de sus viajes de resurrección amorosa a Italia, me abandonaban, lejos de todo, en casa de una excelente señora. Antigua maestra, viuda convertida en única comerciante del pueblo, ofrecía en su casa, transformada en cueva de Alí Babá, todos los recursos disponibles: restaurante, ultramarinos, mercería, droguería, ferretería,